

# Carnavales '98



Hace unos días acabó el Carnaval y he tenido la oportunidad de comprobar en qué se ha convertido esta fiesta, tan llena de recuerdos y añoranzas para quienes la vivimos en su época pasada.

No sé si esta fiesta es mejor o peor, pero para mí, que participé activamente en la pasada, encuentro ésta más fría, sin tanta alegría y bullicio. Tiene, eso sí, más color, los disfraces son mejores, más ingeniosos, lujosos, brillantes y hermosos que en el pasado. Hay desfiles de carrozas, charangas, concursos oficiales de disfraces, premios, pero... la encuentro demasiado reposada, sin calor, sosa, aunque tenga más vistosidad, lujo y colorido que en el pasado.

Siento nostalgia de aquellos tiempos en que el Carnaval estaba prohibido, pero que siempre se celebraba, siendo Miguelturra y Manzanares los pueblos de la provincia donde tenía más renombre y donde había más máscaras callejeras, más animación y mejores bailes.

Desde muchos días antes de llegar, se especulaba si ese año se celebraría o no, porque siempre se colocaban bandos prohibiéndolo en todos los sitios y se decía que no iban a dejar celebrarlo, que si esto o lo otro. El domingo de Carnaval por la mañana, sólo había alguna que otra máscara atrevida, que iba escondiéndose por las esquinas para evitar a los municipales que paseaban por las calles Empedrada y Toledo, que aunque veían a las máscaras hacían «la vista gorda».

Por las tardes del lunes y martes salían más, y las calles antes mencionadas estaban tan llenas de gen-

## ¿A que no me conoces?

te que era difícil andar, y había más personas disfrazadas que sin disfraz.

Pero sobre todo ello imperaba un griterío y una algarabía simpática, el alegre «¿a que no me conoces?» era la frase he-

Con ese «¿no me conoces?» no se trataba de molestar a nadie, sólo de crear misterio, interés, intriga por adivinar quién o quiénes te hablaban, aunque también es cierto que no faltaban los patosos de turno, cosa que ocurre en todos los tiempos y circunstancias. Se creaba un ambiente de

ilusión que cambiaba y alegraba por tres días la monotonía diaria.

Al ponerse el sol era obligatorio descubrirse el rostro, y la gente solía refugiarse en los bailes del Gran Teatro y el Casino. ¡Qué bailes aquellos!, tenían un algo especial, había esplendor en plateas y palcos, los salones adornados de confetis y serpentinas, tanto, que a veces no se podía andar y bailar con



holgura.

Ahora no conozco más que el Avenida, donde estuve una tarde y sólo había por la pista niños corriendo y atropellando a quien se pusiera por delante.

También en aquella época, algunas veces daban premios las casas comerciales; recuerdo un día en el Casino que daban uno al disfraz más bonito y otro al más feo.

Lo orgullosa y contenta que me puse al ver premiado mi atuendo de bruja como el más horroroso del baile. Iba de bruja auténtica, de cuento, fea y desharrapada, con escoba, cesto de manzanas y espejo mágico. Lo malo es que este espejo no supo decirme que aquellos eran los últimos tiempos de una época que moría y que también su último símbolo, «EL CASINO», acabaría convertido en polvo unos años después.

Desde aquí mi adiós a ambos, aunque la fiesta seguirá de una forma diferente.

*Bellos amores alegres la arman,  
la madrugada te hará bailar,  
deja las penas para mañana  
porque esta noche es Carnaval.*

Para los disfraces que se utilizaban servía todo, desde trajes antiguos sacados del arca de la abuela, el desván o la cómoda antigua, hasta cortinas, mantas, tapetes de mesa, albarnoces, guardapolvos, abrigos y vestidos viejos, sábanas... cualquier cosa que permitiera mantener el anonimato y no ser reconocido.

Ahora, al recorrer las calles lo veo todo más frío, más parado, sin la animación y la alegría de antes. Todos saben bien quién es quien y la fiesta se reduce a pasear, mirar y exhibirse.

No puedo evitar sentir nostalgia de mi «CARNAVAL PROHIBIDO», pero que ni un solo año dejó de celebrarse.

**Mari Gracia Rodríguez Glez-Elípe**